



Gracias, Abuela Ramona

Ayer, 26 de julio, fue el día de los/as abuelos/as en España. Se conmemora desde 1998, promovido por Fundación Mensajeros de la Paz y el Padre Ángel, coincidiendo con la festividad de Santa Ana y San Joaquín (padres de la Virgen María, es decir, la abuela y el abuelo de Jesús).

Nadie merece más que estas figuras familiares una celebración que les agradezca su imprescindible rol en nuestra sociedad:

- apoyo fundamental para la conciliación familiar de muchas personas trabajadoras.
- pasan tanto tiempo con sus nietos/as, que se convierten en un pilar fundamental en su educación y transmisión de valores positivos.
- un apoyo económico para sus hijos/as, con sus pensiones, en épocas de crisis (en la de 2008, podría decirse que fueron “la red” que salvó de la “miseria” a muchas familias...).

Tenemos que agradecerles su energía, su vitalidad, su apoyo, su protección, su amor incondicional, y su papel fundamental como elemento integrador en muchísimas familias.

Y, en Galicia, tienen un plus añadido.

¿Por qué?

Vamos a contarlo con una pequeña historia real de una persona y su abuela, que hemos tenido la suerte de que quisiera compartirla.

Y, para que no pierda autenticidad, la vamos a relatar en primera persona:

“Ramona, mi abuela.

45 kilos de fuerza, tesón, entereza y entrega a los demás.

Soy su nieta más joven, y en mis recuerdos ya tenía al menos 70 años, pero todos los que la conocieron decían que era una muñeca de pelo negro y ojos azules, despierta, pizpireta, y siempre ayudando a todo el pueblo.

Vivió en 2 siglos diferentes; nació en 1896 y se fue en los años 80 del siglo XX. Fue testigo de la I Guerra Mundial, y sufrió la dura guerra civil. Tuvo hermanos e hijos en la guerra, y perdió de accidente a un hijo que tenía sólo 12 años, y años después a su marido, cuando rondaba la cincuentena.

Una vida dura, llena de obstáculos, y plagada de sacrificios.

Pero nunca se rindió.

Desde niña trabajó en el campo, de jornalera, para ayudar a la precaria economía familiar. Rompió moldes de la época, casándose cerca de la treintena, porque tenía claro que se quería casar por amor, y no sólo por “no quedarse para vestir santos”. Tuvo 6 hijos, a los que tuvo que criar a la vez que trabajaba la huerta y cuidaba a los animales que eran el sustento familiar para todo el año (como la mayoría de las abuelas gallegas).

Y, cuando ya tenía cerca de 70 años, nos regaló, a mis hermanas y a mí, los mejores recuerdos de una niñez en la naturaleza: el verano en un pueblecito del centro de Galicia.

Cuando era niña, todo el curso era una espera para el maravilloso verano que me esperaba en la aldea, con mis hermanas mayores y mi abuela. No tengo un solo recuerdo en el que pegase un grito o nos diese una regañina. Siempre paciente, cuando hacíamos alguna travesura nos explicaba con paciencia porqué estaba mal. Sin riñas, sin reproches, sin malas caras. Siempre con una sonrisa y mirada comprensiva.

Y, a pesar de estar deseando todo el año ir a pasar los 3 meses de verano con ella, en libertad, cazando ranas, cogiendo mariposas, y robando fruta a unos vecinos que hacían que no se daban cuenta, a los 14 años decidí que ya era mayor para pasar las vacaciones con la abuela, y a partir de entonces pasaba los veranos en Coruña, con mi grupo de amistades adolescentes.

Y no fue hasta que la perdimos, cuando fui consciente de todo lo que nos había regalado.

Yo rondaba la veintena cuando se fue, y tengo guardadas desde entonces unas palabras que escribí en su memoria, porque no fui capaz de llorar en bastante tiempo.

Aquellas palabras de jovenzuela son éstas:

Inviernos y veranos, rotando incansables...

Inviernos largos y lluviosos.

Con olor a libros nuevos.

Con sabor a tarta de coco y zanahorias y a bocadillos de chorizo casero.

Con sonido de villancicos y panderetas, de risas y peleas fraternales.

Con tacto de mandilones de colegio recién planchados y trenzas infantiles...

¿Y los veranos? Ansiados, deseados, soñados durante todo el año.

Mágicos.

Cortos, calurosos y de cielo azul.

Con olor a hierba seca y al jabón Magno de la abuela.

Con sabor a campo, a fruta verde y a libertad bajo las estrellas.

Con sonido de verbenas estivales y de tormentas de verano.

Con tacto de hierba bajo los pies descalzos, de agua fría de la fuente cercana..

Cuando en los recuerdos de verano la playa sustituye al campo, la magia desaparece...las olas del Orzán se la llevaron, envuelta con la niñez que no regresa...

Gracias, abuela!!

Y contamos esta historia para levantar una lanza por las mujeres del rural gallego, a las que les tocó trabajar en el campo hasta que se ponía el sol, y, al

acabar la larga jornada, les tocaba cuidar de la casa, de los animales, de los retoños y de sus mayores (padres, madres, suegros y suegras..).

Y después a los/as nietos/as.

Pero las propiedades estaban a nombre de sus maridos o hermanos, aunque ellas asumían la mayor carga de la familia.

Y claro, las aldeas se fueron vaciando. Y en muchas de ellas sólo quedan abuelos/as, porque la juventud tuvo que marcharse a las ciudades para tener un futuro laboral...

Y con la crisis de 2008, profesionales jóvenes empiezan a mirar hacia el rural: cooperativas, explotaciones agrícolas y/o ganaderas, productos ecológicos...se empieza a mover el campo.

Y llegó la pandemia, convirtiendo en tesoros los productos de nuestras huertas, y enseñándonos la importancia de apoyar la producción local, que, en muchos casos, tiene en la gerencia a una mujer, rompiendo (por fin!!) con las "reglas" no escritas del rural gallego, en las que la mujer trabajaba en todo, pero no era titular de nada.

Y ahí queríamos llegar: a la importancia de impulsar las empresas en el rural gallego, de empoderar a la mujer que decide emprender en un negocio en la aldea... en que la Igualdad llegue a todos los rincones de nuestra tierra.

Y, de paso, conseguiremos otros logros importantes:

- luchar contra la España vaciada
- mantener la posibilidad de que todos los niños y niñas gallegos puedan tener la suerte de contar con una aldea en la que pasar en libertad sus vacaciones estivales
- y, a la vez, disfrutar de la convivencia con unas figuras familiares irremplazables: los abuelos y las abuelas.

¡Gracias a ellas y ellos!